

terrupeion. Los obispos desterrados quedaron en libertad de regresar á sus iglesias y de poner pastores en las que estaban vacantes, y la primera de todas fué Cartago, en donde eligieron á Bonifacio, célebre por su doctrina.

En el instante que se divulgó la noticia de la llegada de los santos confesores, concurrió todo el pueblo de esta capital á recibirlos; y al divisarlos desde lejos principiaron todos á dar gritos de alegría entonando en todo género de lenguas cánticos de alabanzas á Dios. Habiendo desembarcado los obispos, dirigiéronse en derechura á la casa del Señor, acompañados de una multitud innumerable que caminaba delante y detras de ellos: de suerte, que á no haber formado dos filas de jóvenes robustos y fuertes, no hubieran podido andar un paso los prelados.

Fulgencio era principalmente el objeto de su amor como mas conocido en Cartago, así por el tiempo que poco antes permaneció allí, como por los triunfos que habia logrado contra la heregia. Todos iban á porfia sobre quiénes habian de ser los primeros que recibiesen su bendicion. Todos fijaban sus ojos en él, y las madres alzaban en alto á sus tiernos hijos para que le vieses. No pudo disminuir el concurso una lluvia copiosa que sobrevino, y como el Santo llevaba la cabeza descubierta, las personas mas ilustres tenian á mucho honor el cubrirle con sus mantos.

Habiéndose detenido algun tiempo en la capital para consuelo comun de los fieles, parlió para su diócesis; y apenas habia salido de Cartago cuando á pesar de la gran distancia que media hasta Ruspe, halló tropas numerosas de sus ovejas que de todas partes corrian á recibirle con antorchas encendidas y con ramos verdes cantando salmos é himnos. A medida que iban en aumento estas señales de venera-

cion, parecia subir de punto la modestia del santo pastor. Cuando estuvo en su diócesis se dirigió á su monasterio, donde vivió casi siempre y hasta rehusó el ser allí superior. Celebráronse entonces muchos Concilios para el restablecimiento de la disciplina. En el de Junca, un obispo llamado *Quod-vult-Deus* disputó la presidencia al santo obispo de Ruspe, y todos los padres fallaron á favor del ilustre Fulgencio, que creyó deber sostener su derecho y consentir se diese ese fallo por no faltar á las reglas establecidas. Mas notando que su competidor se mostraba muy sensible á esta especie de humillacion, en un Concilio que se tuvo poco despues en Suffecta rogó con tanta instancia á los padres que colocasen antes de él á *Quod-vult-Deus*, que le permitieron ceder el lugar preferente que correspondia á su antigüedad y que tanta pena causaba á su humilde caridad (1).

Celebrados algunos Concilios particulares, convocó el obispo de Cartago uno de todas las provincias de Africa, al que asistieron sesenta obispos (2). Entre otras providencias que tomaron, fué una la de confirmar el derecho de esencion á los monasterios; y se citó como un reglamento propio para la provincia Bizacena un decreto mas antiguo en que se ordenaba que los monasterios de uno y otro sexo no estarian sujetos al obispo diocesano como el clero secular; pero que si se reunian en comunidad diferentes personas de muchas partes distintas para sujetarse inmediatamente á la iglesia de Cartago, por ejemplo, aunque su monasterio estuviese edificado en otra diócesis, continuarian dependiendo del obispo de Cartago, y no de aquel en cuya diócesis estaba situado el monasterio. De este privilegio se hallaron muchos ejemplos, y aun

(1) *Vit. S. Fulg. c. 29.*

(2) *Tom. 4. Concilior. pag. 1630.*

se probó por los escritos de San Agustin que los monasterios fundados por sus discipulos no pertenecian ni á los fundadores ni á la iglesia de Hipona, sino á la comunidad. Así pues, los obispos mas celosos de la perfeccion Evangelica y los mas inteligentes en la eleccion de los medios propios á conservarla, no miran como contrario á la gerarquia lo que la Iglesia, al paso que reprime los abusos, permite no obstante subsistir desde los primeros tiempos.

Fulgencio fué tan laborioso durante su reposo, como lo habia sido en su destierro. El primer fruto de su tranquilidad fué su tratado en tres libros de la Predestinacion y de la Gracia, en el que se advierte, como en otros muchos, que entre todos los discipulos del grande obispo de Hipona ninguno entendió ni esplicó mejor su doctrina que el piadoso obispo de Ruspe. Despues compuso su célebre tratado de la fé para un peregrino llamado Pedro que se dirigia á los Santos Lugares, á quien queria preservar del veneno de las heregias que inundaban el Oriente. Pone al fin de la obra cuarenta reglas ó máximas, tanto mas dignas de atencion cuanto nadie puede separarse de ellas, segun enseña Fulgencio, sin incurrir en la nota de herege. La carta al conde Regino que le habia consultado sobre algunos articulos de la doctrina de los sectarios llamados incorruptibles, y sobre varios puntos de moral relativos á la profesion militar, es la última obra del santo obispo de Ruspe. La muerte no le dió lugar para dar fin á este escrito: pero Regino, conservando al discípulo el respeto que habia tenido al maestro, quiso recibir del diácono Ferrando las instrucciones que habia pedido á su obispo.

Un poco antes de morir, retiróse San Fulgencio á su monasterio, donde redobló sus austeridades y todo su fervor para disponerse á este gran trance. Allí cayó enfer-

mo, y por espacio de mas de dos meses sufrió dolores estremos. Los médicos le aconsejaron los baños y algunos otros remedios, mas los despreció como vanos lenitivos que podian mitigar el dolor, mas no remediar la debilidad de la naturaleza. No obstante, aunque era tan caritativo con los demas como duro consigo mismo, reunió sus monjes y sus clérigos cuando se creyó próximo á su fin, y les pidió perdon de la severidad que temia haber usado con ellos. Distribuyó entre los pobres lo poco que le quedaba, bendijo á todos los que se hallaban presentes, que se lo pidieron bañados en lágrimas, y despues dió tranquilamente su alma á Dios, el 1.º de enero del año 535, el veinticinco de su episcopado, y el sesenta y cinco de su edad. Enterráronle en una iglesia de Ruspe, donde habia depositado reliquias de los Apóstoles, y donde conforme al uso antiguo aun no habia conseguido nadie sepultura.

A este acontecimiento de tanta importancia para la iglesia de Africa precedió un fenómeno que hasta entonces carecia de ejemplo, segun lo observa San Gregorio el grande (1); esto es, un Pontífice romano en la nueva Roma. Fué este el Papa Juan, natural de Toscana, quien el 12 de agosto de 525 habia sucedido al Papa Hormisdas, muerto siete dias antes (a). El emperador

(1) *Gregor. M. lib. 3 Dialog. cap. 3.*

(a) Muy grata debe ser á la iglesia de España la memoria del gran Pontífice San Hormisdas por el celo y solicitud verdaderamente paternal que la manifestó durante su pontificado. Tenemos cinco Epistolas decretales suyas dirigidas la 1.ª á Juan arzobispo de Tarragona; la 2.ª y 3.ª á todos los obispos de España; la 4.ª á Salustio de Sevilla, y la 5.ª á todos los prelados de Andalucía. Algunos autores creen que la 1.ª no es dirigida al prelado de Tarragona, llamado Juan y que se supone ser el mismo que presidió los Concilios de Tarragona y Gerona de que ya hemos hablado, sino un obispo de Elche del mismo tiempo y nombre. El eruditísimo Maestro Florez en los tomos 1, 7 y 25 de su *España Sagrada*, sostiene que el Juan á quien Hormisdas escribe era el metropolitano de Tarragona; pero D. A. Mayans en su *llice* (ó Elche), *ilustrada* cap. 11, §. 1, sostiene que fué obispo de El-